LOS TRES PUEBLOS BIBLICOS EN SU LUCHA POR LA DOMINACION DEL MUNDO

JULIO MEINVIELLE

LOS TRES PUEBLOS BIBLICOS

en su lucha por la dominación del mundo.

ADSUM
BUENOS AIRES
1937

LOS TRES PUEBLOS BIBLICOS EN SU LUCHA POR LA DOMINACION DEL MUNDO

Notas para una filosofía de la historia

Dios ha hablado al hombre. Y su palabra se conserva intacta bajo la custodia indefectible de la Santa Iglesia Romana en la Sagrada Biblia. La mente de Dios está entonces abierta al hombre. Y aunque no esté abierta sino para iluminarle en el camino de su eterna salvación, ilustrándole sobre la substancia de la Fe y la Moral que necesita conocer para alcanzar su último fin, no hay duda que indirectamente, y como por una sobreabundancia, también le ha de iluminar en el sendero oscuro de la historia y del curso de los acontecimientos humanos. La Teología es una ayuda positiva al hombre, porque de un sinnúmero de hipótesis igualmente posibles, según las cuales podría desenvolverse, la historia le manifiesta cuál es aquélla que la libérrima Voluntad del Altísimo ha querido escoger. Así por ejem-

plo, el hombre conoce por la Sagrada Revelación, que después de Cristo el mundo ha entrado en su *última hora* (Epístola II de San Juan 2, 18), de suerte que no hay que aguardar ya otra economía de salud que la misma Iglesia fundada por Cristo y los apóstoles, y que debe durar hasta la consumación de los siglos. El filósofo cristiano que quiere escrutar la historia, conoce entonces, a ciencia cierta, que no puede concebirse la historia futura sin la acción de la Santa Iglesia Romana, que ha de influir sobre los acontecimientos con su jerarquía, con su doctrina y con sus sacramentos. No incurrirá entonces en el delirio de imaginar una nueva época del mundo en que Jesucristo haya sido expulsado del seno de la historia humana. *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (San Mateo XVI, 18) es una palabra que jamás el historiador debe olvidar, si no quiere equivocarse en la interpretación de los fenómenos históricos.

Esto nos demuestra que si Dios, en los Sagrados libros, nos habla de tres o cuatro determinados pueblos, y nos habla de ellos en todo tiempo, desde el Génesis al Apocalipsis, es evidente que estos pueblos deben te-

ner una trascendencia histórica singular para explicar el curso que deben tomar los acontecimientos humanos. El filósofo cristiano que se ha empeñado en la tarea de buscar un sentido a estos acontecimientos no puede en forma alguna descuidar la consideración de estos pueblos, so pena de quedarse en la corteza de los hechos y equivocarse sobre su significación histórica.

Es evidente asimismo que si llega una época en la historia, en que la humanidad se divide, de modo manifiesto, en estos tres o cuatro pueblos, y como se entabla una lucha a muerte entre ellos, esta época debe revestir una significación y alcance histórico decisivo, debe ser una época apocalíptica porque en ella se entabla una lucha *bíblica,* ya que no es lucha puramente política o económica, como tantas otras que registra la humanidad, sino que es una lucha *metapolítica,* más allá del orden de lo político, más allá aún del mismo orden de lo humano, porque alcanza a entablarse entre aquellas formaciones que Dios ha querido para todo el curso de la humanidad.

Ahora bien nuestro tiempo presenta de modo manifiesto una lucha entre tres o cuatro pueblos bíblicos, es a saber, paganos,

judíos, musulmanes y cristianos. Y una lucha decisiva y a muerte, porque estos pueblos luchan conscientes de la lucha y del carácter decisivo de ésta para la dominación del mundo.

La teología y la historia

Que una época así deba revestir una significación histórica particularmente *providencial,* lo demuestra precisamente el que la lucha se entable entre estos pueblos bíblicos, precisamente en cuanto tales. La historia se mueve, y no se mueve al acaso como si no tuviese sentido. Por encima de todas las contingencias humanas, aprovechando todos los choques de los grupos humanos, choques religiosos, políticos, económicos, individuales, se va tejiendo la historia, y se va tejiendo, no al acaso, sino como la quiere escribir la insondable voluntad de Dios, que sabe escribir derecho con las líneas torcidas de los hombres. Y este escribir derecho de Dios no puede consistir sino en que todas las cosas, aún las más torcidas, de los hombres, sean dirigidas, suave y fuertemente hacia los fines providenciales, que en parte nos

han sido revelados por Dios en su infinita misericordia. La historia es entonces la mente de Dios escrita en el tiempo. Donde los hombres no leen, los ángeles pueden leer. La historia es una lucha eterna entre los derechos de Dios sobre las creaturas y la soberbia de la creatura sobre los derechos de Dios; entre el amor misericordioso y la miseria del hombre. Entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre, con el triunfo final de la ciudad de Dios. La Misericordia de Dios debe finalmente triunfar y a este triunfo debe cooperar la misma rebeldía y ceguera del hombre. Las palabras de Santo Tomás respecto a la permisión del mal en el orden providencial ilustran mucha luz sobre esto: "Siendo Dios Causa providencial de todo ser, es propio de su providencia permitir ciertos defectos en algunas cosas particulares para que no se impida el bien perfecto del universo; no habría la vida del león si no hubiese la matanza de animales; ni la paciencia de los mártires, si no hubiese la persecución de los tiranos. (Sum. I, q. 22, a. 2.)

Si se examinan los hechos históricos, aisladamente, sin unirlos con una proyección única de luz, estos hechos no tienen senti-

do. Y aún hechos distintos que pueden lograr cierto sentido, por ejemplo económico o político, si se los examina con una luz puramente económica o política, dejarán de tenerlo total, si no se los vincula con una luz superior, que en último caso no puede ser sino la insondable voluntad divina, manifestada al hombre en la Revelación. Se dirá que ésta apenas puede arrojar luz sobre la historia porque no es éste su fin primero y principal. La historia queda entonces indescifrable al hombre. Sólo algo puede vislumbrar, como muy de lejos y en penumbra, aprovechando los destellos de luz teológica con que Dios ha querido iluminarle en su camino a la eternidad.

Pero es evidente que estos menguados atisbos en la mente de Dios, que nos proporciona la teología, proyectan una luz de calidad, y por ende de mayor fuerza explicativa, que la que pueden proporcionar las estadísticas o comparaciones de cualquier otra ciencia humana. De aquí que el filósofo cristiano que quiera penetrar en el sentido de los hechos históricos, no pueda prescindir de la luz teológica, que le proporciona la Revelación oral y escrita y las Directivas de la Iglesia en el gobierno regular de

la Cristiandad, por medio del Santo Padre y de los Obispos, puestos por Dios para regirla. No debe trabajar con esta luz, exclusivamente, pero debe trabajar con ella. Su trabajo será específicamente filosófico. Pero se habrá ayudado de los datos que le proporciona la teología, que es la ciencia de Dios.

No es necesario advertir que las conclusiones a que se llegue por este medio están expuestas a la falibilidad de toda ciencia humana. Su mayor o menor certeza o probabilidad dependerá, como en todo discurso humano, del grado de firmeza que tengan las premisas en las que se apoyen las conclusiones.

El presente estudio va a proceder dentro de este método. Será un estudio específicamente filosófico sobre el curso de los acontecimientos históricos, tratando de buscarle un sentido; y para ello aprovechará todos los indicios que puede proporcionar la Palabra de Dios, contenida en la Sagrada Biblia y en la Tradición, y la que puede deducirse del gobierno ordinario de la Santa Iglesia, manifestado en las directivas del Romano Pontífice y de los Obispos a El subordinados.

El objetivo principal de esta disquisición lo ha de constituir, el término próximo y remoto hacia el cual marcha el curso de los acontecimientos históricos actuales que tan grandemente desconciertan a la humanidad. ¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál será el desenlace de la lucha entablada entre las fuerzas, en que se divide ahora la humanidad? ¿Qué suerte le cabe al comunismo? ¿cuál al fascismo? ¿y el reino de Cristo, cómo seguirá obrando en el mundo? ¿Es posible y en qué condiciones y cuándo la restauración de la Cristiandad? Problemas éstos que angustian la inteligencia de los hombres y que son objeto de prolijo estudio de un filósofo cristiano, Jacques Maritain, en su *Humanisme Integral*. Aunque en el curso de la presente exposición no se hará referencia ninguna al pensamiento de ningún pensador, las conclusiones a que ella llega son completamente nuevas e inéditas, como será fácil de percibir a cualquiera que las considere.

Los pueblos bíblicos

La Sagrada Escritura nos explica el origen de los pueblos en el Génesis, cuando nos

refiere la historia de Noé, salvado del diluvio.

Gén. IX, 18... Eran pues los hijos de Noé que salieron del arca, Sem, Can y Jafet: este mismo Can es el padre de Canaán.

19. Dichos tres son los hijos de Noé: y de éstos se propagó todo el género humano sobre toda la tierra.

20. Y Noé que era un labrador comenzó a labrar la tierra y plantó una viña.

21. Y bebiendo de su vino quedó embriagado y echóse desnudo en medio de su tienda.

22. Lo cual como hubiese visto Can, padre de Canaán, esto es la desnudez vergonzosa de su padre, salió fuera a contársela a sus hermanos.

23. Pero Sem y Jafet, echándose una capa sobre sus hombros y caminando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros; y así no vieron las vergüenzas del padre.

24. Luego que despertó Noé de la embriaguez, sabido lo que había hecho con él su hijo menor

25. dijo: maldito sea Canaán, esclavo será de los esclavos de sus hermanos

26. y añadió: Bendito sea el Señor Dios de Sem, sea Canaán esclavo suyo.

27. Dilate Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem y sea Canaán, su esclavo.

Esta maldición sobre los descendientes de Can, explica suficientemente la supresión en la historia de los hijos de Can. En el correr de los siglos no ejercen ninguna influencia histórica... serán un pueblo, pero un pueblo inferior, disminuído, siempre a remolque de otros pueblos.

Y en efecto, los negros africanos, descendientes de Can, no influyen en la historia. Es un pueblo maldito. Para el filósofo de la historia no deben ser tenidos en cuenta y la Sagrada Escritura explica por qué.

Sólo los descendientes de Sem y de Jafet ofrecen interés. El Génesis nos refiere que cuando se pusieron *a construir una torre y una ciudad cuya cumbre llegue hasta el cielo, descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán.*

Gén. 7. Ea pues descendamos y confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno no entienda el habla del otro.

8. Y de esta suerte los esparció el Señor por aquel lugar por toda la tierra...

La Escritura que nos refiere con estas es-

cuetas palabras la dispersión de los pueblos, no se ocupa más de ellos si no es indirectamente. Los pueblos siguieron diversos caminos y crearon diversas civilizaciones. Los dos hermanos conservaron en sus descendientes rasgos inconfundibles. Los arios y los semitas se perpetúan en sus generaciones con características imborrables. Los semitas se esparcieron por el Asia Menor y por el Norte del Africa mientras los jafetistas se esparcieron en las *islas de la nación* (Gén. X,5) es a saber en las costas del Mediterráneo, en Europa y Asia Menor de donde avanzaron poco a poco hacia el Norte en toda Europa y ocuparon una parte considerable del Asia. Horacio en sus Odas (1. I. Odas III, V, 27) evoca al linaje de Jafet cuando dice *Audax Japeti genus.*

Estos pueblos, salidos de las manos de Dios, se fueron desviando de sus caminos, olvidando su ley, y se entregaron a la idolatría. Constituyeron así los pueblos gentiles o paganos.

Los pueblos paganos

Dios no creó a los pueblos en el *paganismo.* Su divina misericordia, aún después de

la caída, confortó al hombre con los medios necesarios para que lograse su eterna salvación. La *ley de naturaleza,* por la que se regían los hombres en esa primera edad del mundo, no se llamaba así por oposición a la ley *sobrenatural,* ya que también ella comprendía los preceptos sobrenaturales de la fe, de la esperanza y de la caridad, sino por oposición a la ley *exterior* o escrita. Porque en lugar de ser propuesta exteriormente, era conocida sea por el *simple instinto de la naturaleza,* en lo que se refiere a los preceptos del orden natural, sea por una *simple inspiración divina* respecto a los preceptos del orden sobrenatural. En este estado, dice Santo Tomás (Suma Teológica III, q. 60, a. 5, ad. 3) los hombres no se movían a adorar a Dios por ninguna ley exterior, sino por el solo instinto interior. Y muchos fueron los justos que acomodaron su vida a esta ley de naturaleza, no sólo entre los primeros patriarcas de la humanidad sino aún también después de Abraham y de Moisés, como por ejemplo el Santo Job, que no siendo judío ni psolélito, dió grandes y extraordinarias muestras de santidad, y posiblemente muchos sean aún ahora los que por ella se rijan y se salven. Esto puede pensarse

particularmente de grandes varones del brahmanismo de la India, que en símbolos y en altísimos principios teológico-metafísicos, alcanzan un conocimiento tan subido de las cosas de Dios que se hubiese creído hoy patrimonio exclusivo de los cristianos. (Ver Johanns S. J. "Vers le Christ par le Vedanta").

El paganismo es la *infidelidad de los hombres a esta ley de naturaleza.* San Pablo nos describe con caracteres definitivos los rasgos propios de todo paganismo.

En la Carta a los Romanos, dice el Apóstol, hablando de los paganos: I, 21, *porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios; sino que ensoberbecidos devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas;*

22. *y mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios;*

23. *hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible, y a figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible.*

Deduzcamos de aquí los caracteres del Paganismo.

Primer carácter: reconocimiento de Dios.

El paganismo no es ateo. Reconoce a Dios y confía en su Providencia. Y a un Dios uno, gobernador del mundo, distinto del mismo mundo. San Pablo en el pasaje citado insinúa clamante esta idea que ha sido confirmada científicamente por los modernos investigadores de las religiones. Lo que se llama *henoteísmo* (adoración de uno) no es más que esto. "El henoteísmo, dice el filósofo Hartmann, tiene su fundamento en la *identidad positiva* que se reconoce en la base de todas las divinidades de la naturaleza, identidad que permite honrar, en la persona de cada dios(principalmente en aquella de cada uno de los dioses admitidos desde el origen, *la divinidad* en el sentido absoluto, lo *divino,* Dios. Y Tertuliano reconocía el carácter henoteísta del culto pagano cuando hablando al alma humana decía: "Confiesas al Dios único y a El solo nombras, cuando hablando a veces a los dioses pareces conferirles un poder que no tienen." (De Testimonio animae, c. 2) ; y San Agustín cuando escribe: "Aun antes de creer en Cristo, los paganos no han podido ignorar totalmente el nombre de aquel, que es el Dios del universo; porque el prestigio de la verdadera divinidad es tal que no puede per-

manecer total y plenamente escondida a una creatura razonable, usando de su razón."

Segundo carácter del paganismo: La idolatría. Dice Santo Tomás II, II, q. 94, a. 1, ad. 4), que el nombre de la idolatría se impuso para significar cualquier culto dado a las creaturas aunque se haga sin imágenes". Y como los paganos no tenían una idea clara de la trascendencia de Dios, que está infinitamente por encima de todo lo creado como el Ser Necesario por encima del contingente y al mismo tiempo de su divina inmanencia que está presente en todo el ser y en toda la actividad de las creaturas, como Ser y Causa Primera, (Santo Tomás III, q. 2 y 8) vieron la divinidad en las cosas cambiantes de la creación, la fraccionaron en estas mismas cosas corruptibles y en ellas la adoraron.

Tercer carácter del paganismo: la divinización del poder. El paganismo dice San Pablo llegó *a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible el honor debido a Dios incorruptible*. Lo divinizó todo y no podía dejar entonces de asignar caracteres divinos al Poder y sobre todo al Poder político, que es la suma de los poderes concebibles en la tierra. El paganismo no

podía distinguir en la razón de *todo* y de *parte* que le cabe a todo hombre. Es un todo porque el hombre, cada hombre, aun el más infeliz y desgraciado, está ordenado directamente a Dios su fin último. Es una *parte,* porque para alcanzar la plenitud de todo, tiene que someterse como parte de distintas sociedades, necesarias para su perfección. El hombre es *todo,* es una *persona,* y en este sentido no puede estar totalmente sometido a ningún poder de la tierra: al contrario, los poderes de la tierra y aun la Iglesia están hechos para el hombre. El hombre es *parte* y debe obediencia a los poderes legítimos, cuya autoridad viene de Dios (Rom. XIII, 1-2). (Véase Julio Meinvielle, *Concepción Católica de la Política.*) El paganismo debió forzosamente hacer del Poder, del Estado, un Dios. Reconoció el carácter orgánico y jerárquico del poder, pero, para divinizarlo. El poder resultaba por lo mismo, inevitablemente tiránico, porque no servía al hombre sino que se servía de los hombres.

Cuarto carácter del paganismo: la religión nacional. No conociendo el paganismo ni la trascendencia de Dios, que está por encima de todo lo creado, ni la trascendencia

del hombre, que, en último término, no se ordena totalmente sino sólo a Dios, no podía darse una idea de una religión universal, una para todos, así como hay un sólo Dios, Creador y Fin de los hombres. La religión estaba particularizada como el Estado, y con él identificada. El César, o monarca, o cónsul, o tribuno, era asimismo quien regulaba la vida religiosa cuando no era el objeto mismo del culto.

Quinto carácter del paganismo: exaltación de los propios instintos y odio a lo extranjero. Cuando se ignora a Dios no se puede verdaderamente conocer al hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios. Y así el paganismo despreció al hombre. Despreció al hombre mientras le exaltaba. Porque le exaltaba en unos y le despreciaba en otros; le exaltaba en los de la propia sangre, ciudad o tribu, y le despreciaba en los de otra sangre, ciudad o tribu. Le exaltaba al glorificarle en vergonzosos instintos. San Pablo les reprocha esto a los paganos, en su célebre carta a los Romanos (I, 24).

24. *Por lo cual Dios los abandonó a los deseos de su depravado corazón, a los vicios de la impureza; en tanto grado que depravaron ellos mismos sus propios cuerpos;*

25. ellos que habían colocado la mentira en el lugar de la verdad de Dios, dando culto, y sirviendo a las creaturas en lugar de adorar al Creador.

26. Por eso los entregó Dios a pasiones infames. Pues sus mismas mujeres, invirtieron el uso natural en el que es contrario a la naturaleza.

27. Del mismo modo también los varones, desechando el uso natural de la hembra, se abrazaron en amores brutales de unos con otros, cometiendo torpezas nefandas, varones con varones, y recibiendo en sí mismos la paga merecida de su obcecación.

28. Pues como no quisieron reconocer a Dios, Dios les entregó a un réprobo sentido de suerte que han hecho acciones indignas;

29. quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad: llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos;

30. infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres;

31. irracionados, desgarrados, desamorados, desleales, despiadados.

32. Los cuales, en medio de haber cono-

cido la justicia de Dios, no echaron de ver que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte; y no sólo los que las hacen sino también los que aprueban a los que las hacen.

El pueblo judío

Tales son los caracteres comunes que se aplican al mundo pagano en las distintas y grandes civilizaciones que han creado, no sólo en la greco-romana sino en las antiquísimas civilizaciones babilónicas y egipcias. Todos éstos son pueblos idólatras, que al perder el conocimiento del verdadero Dios, corrompieron también los principios de orden y de salud sobre los que debe estar edificada la ciudad terrestre.

Grandes y colosales empresas maquinaron y realizaron de las que nos dan pálida idea los restos arqueológicos, pero disminuyeron al hombre, despojándolo de las prerrogativas de dignidad humana que constituyen su verdadera grandeza. El hombre fué deshumanizado, para convertirse en cosa útil, en herramienta. Al perder el hombre a Dios, también se perdió a sí mismo.

Por esto Dios apartó para sí un pueblo,

que fuese su pueblo y en el cual se conservase intacta la revelación primitiva que Dios había comunicado a los primeros padres de la humanidad. Dos mil años antes de Jesucristo, Dios llama a Abraham y le dice: *Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que te mostraré.* (Gén. XII, 1).

2. *Y yo te haré cabeza de una nación grande, y bendecirte hé y ensalzaré tu nombre y tú serás bendito.*

3. *Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan y en ti serán benditas todas las naciones de la tierra.*

A este pueblo Dios le da una *ley escrita,* la cual no salva de por sí, por una eficacia intrínseca, pero que es signo de Aquel en quien deben ser benditos todos los linajes de la tierra. Este pueblo queda entonces santificado y consagrado a Dios no por *ser tal pueblo,* ni por venir del Padre Abraham sino por el Cristo, el Hijo de Dios bendito por los siglos, el Prometido, el Libertador, el Redentor, que debía salir de su seno.

Este pueblo, al cual Dios protege de modo especial, nos ha traído en efecto al Redentor, y a la madre del Redentor, y a los apóstoles, tronco primero de la Iglesia de Cristo. El pueblo judío ha sido en Cristo el

vehículo de los grandes bienes de la humanidad.

Pero así como el paganismo es una infidelidad a la *ley de naturaleza,* así el *Judaísmo* es una infidelidad a la ley escrita. El gran pecado de los judíos consiste en que por adherirse al signo, a la figura, han perdido la substancia de salud que es Cristo. Como ha escrito en palabra eterna San Juan (Evangelio I, 11): *Vino a su propia casa y los suyos no le recibieron.*

El carácter distintivo del pueblo judío, después que Cristo vino al mundo es su *anti-cristianismo.* Odian a Cristo como a un traidor salido de su raza. Le odian porque consideran que les ha decepcionado: cuando debía haberles traído la grandeza dominadora sobre todos sus enemigos, los otros pueblos, no ha hecho sino atarlos al yugo dominador de estos mismos pueblos.

El segundo carácter distintivo del pueblo judío es su ambición por dominar al mundo. Lo que Cristo no ha hecho, debe hacerlo su raza. El pueblo judío, que tiene conciencia de su destino eterno a través de la historia de la humanidad, quiere que las promesas que le fueron hechas y que él ha entendido siempre en un sentido carnal, logren cum-

plimiento. Así han invertido el mesianismo; a lo que en la mente de Dios ha tenido un sentido espiritual, ellos le han asignado una significación material, y han trabajado con una conciencia metida en lo más profundo de su raza, a través de las edades, en medio de los más distintos pueblos, ciertos de que día vendrá en que ellos, desde Jerusalén, centro del mundo, dominarán con vara dura a las naciones.

A los judíos les cabe entonces la misión de ser los disolventes de los pueblos cristianos, con la conciencia clara de que cuanto hagan por corromper a estos pueblos, apartándolos de Jesucristo y de todos los lazos tradicionales de vida, es tarea preparatoria para su futura dominación. (Véase Julio Meinvielle, *El Judío.*)

Los pueblos cristianos

El mundo está ordenado a Cristo. A Cristo estaba ordenada *la ley de la naturaleza* que regía a los justos, en la primera edad del mundo y a Cristo estaba también ordenada la *ley escrita* del pueblo judío que le mostraba claramente en figura. Y la ley de Cris-

to se realizó perfectamente en *la ley nueva* que el mismo Cristo, Redentor de la humanidad, promulgó.

Ley de *naturaleza,* ley *escrita* o antigua, ley *nueva,* no son leyes esencialmente diferentes. (I, II, p. 106, a. 1). Se distinguen con todo como lo imperfecto y lo perfecto; como la infancia y la edad adulta; como el germen, la planta y su flor; como el crepúsculo, la aurora y el mediodía. Por esto en la ciudad de Dios, una en su fondo, hay tres divisiones que corresponden a los tres momentos de su progreso y forman tres mundos distintos, *el mundo de los primeros justos, el mundo judío y el mundo cristiano.* En todos Cristo es conocido: en el primer mundo, muy oscuramente, sobre todo por la adivinación del instinto y los movimientos interiores de la gracia; en el segundo, sin duda por mayor gracia, pero además por los símbolos, las figuras, los ritos y las promesas; en el tercero por la realidad de su presencia: *Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado del Verbo de Vida, esto es lo que os anunciamos* (I Juan, 1, 1). (Ver Journet,

Les Mondes, en la *Vie Intellectuelle,* marzo 1929).

En Cristo culminan todas las cosas. Lo que San Pablo enseña en su Carta a los Colosenses, I, 16 y sig., tiene un valor universal, que nunca será suficientemente ponderado. *Por El fueron criadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ora sean tronos, ora dominaciones, ora principados, ora potestades, todas las cosas fueron creadas por El y en atención a El.* 17. *y así El tiene ser antes de todas las cosas, y todas subsisten por El,* 18. *El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y el principio de la resurrección, el primero a renacer de entre los muertos para que en todo tenga El la primacía;* 19. *pues plugo al Padre poner en El la plenitud de todo ser,* 20. *y reconciliar por El todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la Cruz.*

Hacia Cristo convergen todas las cosas. Y aun los mismos pueblos paganos, que fueron infieles a la ley de la naturaleza, como el pueblo judío, que lo fué a la escrita, le han preparado los caminos. Todo está escrito en la historia para que Su *Reino,* anun-

ciado por los Profetas, se levante, *en los últimos tiempos sobre la cima de los montes, y sobre los collados, para que corran allá los pueblos y vayan a priesa las naciones.* (Miqueas IV, 2 y sig.). Sin duda que no es fácil hacer de ello la verificación histórica plenamente documentada, cuando la historiografía ha sido maliciosamente pervertida por un criticismo diabólico; pero la historia no se opone a ello y muestra claramente que éste ha sido el camino de la divina Providencia. Los griegos han preparado el aparato conceptual a la sabiduría de la Iglesia, tan maravillosamente terminada en la *Suma Teológica* del Doctor Angélico y los romanos su lengua maravillosa lo mismo que todo el colosal sentido del derecho y de la organización, y los bárbaros le han aportado la masa viva, virgen, para la evangelización y aun para un ordenamiento civil cristiano, fuera de otras inapreciables contribuciones como el ardor bélico de los germanos que ha sido utilizado en la constitución del Sacro Imperio Romano Germánico.

Las palabras del inmortal León XIII en su encíclica *De civitatum constitutione christiana* encierran una verdad perenne. *La obra inmortal de Dios misericordioso que es la*

Iglesia, aunque de suyo y por su naturaleza mira a la salvación eterna de las almas y a la felicidad que se ha de alcanzar en los cielos, con todo aun en el orden de las cosas perecederas ofrece con tanta abundancia, tantas utilidades que no podría ofrecerlas tantas y tan grandes si hubiese sido instituída primero y sobre todo para la consecución de la prosperidad de la vida presente.

Expongamos los caracteres que debe revestir toda civilización informada por los principios cristianos o sea asignemos los caracteres de los pueblos cristianos.

Primer carácter del cristianismo: Adoración del único Dios y de su enviado Jesucristo. El cristianismo ha afirmado con la misma energía la trascendencia de lo Increado sobre todas las cosas creadas y la divina inmanencia de Dios que está presente en las creaturas por esencia, potencia y presencia. Dios, que está infinitamente por encima del hombre, no se desentiende de él sino que por el contrario le dirige fuertemente hacia El, hasta con un amor que llegue a lo infinito, porque después de la prevaricación del hombre, ha enviado a su Unigénito para que le fuese *el camino, la verdad y la vida.* Dios ha amado tanto al hombre

que para levantarle de la postración en que se hallaba sumido no ha dudado en tomar su frágil naturaleza, sufrir los castigos a los que se había hecho acreedor y rescatarle para la bienaventuranza eterna que es nada menos que la posesión intuitiva y fruitiva de la divina Esencia. En el cristianismo se une lo divino y lo humano, Dios y el mundo sin confundirse. La idolatría queda radicalmente proscripta.

Segundo carácter del cristianismo: Dios vive en Cristo y Cristo vive en la Iglesia. Las relaciones del hombre con Dios no quedan al arbitrio del hombre que se entendería con su Dios. El hombre no puede lograr la unión con Dios sino por medio de su enviado Jesucristo y no puede a su vez comunicarse con Cristo sino por medio de la Santa Iglesia Católica apostólica romana que es Jesucristo realizado en el orden social. La Iglesia es una Sociedad espiritual, instituída por el mismo Dios que propone al hombre el camino concreto de la salvación y le proporciona los medios dejados por Cristo para la venturosa andanza por este camino. La Iglesia, con sus divinos dogmas es Maestra de la Verdad; la Iglesia con sus divinos preceptos ejerce una acción *rectora, real,* de

las conciencias, la Iglesia es rey; la Iglesia, con sus divinos sacramentos y medios de santificación es Sacerdote que salva. Todo el Orden de las almas en su camino a la salvación está en las manos de la Santa Iglesia, la cual a su vez está firme e inconmoviblemente fundada en el Pontífice Romano con el episcopado a El unido.

Tercer carácter del cristianismo: Su universalidad. Así como todas las otras religiones se han localizado en un lugar del tiempo y del espacio, el cristianismo, lo mismo que Dios, de quien tiene origen, se ha mantenido lo mismo y con la misma fuerza santificadora y civilizadora, en los más diversos complejos humanos.

Cuarto carácter del cristianismo: su posición frente al Poder político de los pueblos. El cristianismo tiene como misión conducir a los hombres hasta la vida eterna. Todo cuanto de alguna manera cae bajo este fin está en la órbita de sus atribuciones. Pero lo que no puede incluirse en dicho fin queda por lo mismo fuera de su órbita. El Poder político forma entonces una mundo irreductible a la autoridad de la Iglesia. "De esta suerte toda persona humana pertenece a dos ciudades: una ciudad terrestre, que tie-

ne por fin el bien común temporal y una ciudad celeste cuyo fin es la vida eterna. Entre los mismos muros y en la misma multitud humana hay dos pueblos, y estos dos pueblos dan origen a dos vidas distintas, a dos principados, a un doble orden jurídico. (Maritain, *Primauté du Spirituel;* Julio Meinvielle, *Concepción Católica de la Política.*) Pero distinción no es separación. Son dos cosas distintas pero unidas. Unidas jerárquicamente en la primacía de lo eterno sobre lo temporal, de la Iglesia sobre la sociedad política, de Dios sobre el hombre.

Quinto carácter del cristianismo: unión de todos los hombres y de todos los pueblos por la ley de la caridad. El cristianismo distingue y une. Afirma los derechos sagrados de cada persona humana, afirma los derechos de la familia, de las agrupaciones de trabajo, de los poderes gubernamentales, de la misma Iglesia, de Cristo y de Dios, y los une a todos, sin la abdicación, sino al contrario, por la afirmación de estos derechos con los lazos de la caridad. El hombre que viene de Dios, que ha sido rescatado por Cristo, que es santificado por la Iglesia, que tiene un único destino, es a saber, la posesión de la vida eterna, debe vivir unido con

sus semejantes, porque éstos están unidos con Dios: *Si alguno dice: Sí, yo amo a Dios; al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ve, a Dios, a quien no ve, ¿cómo podrá amarle?* (San Juan I, Carta IV, 20).

UN PUEBLO BÍBLICO INTERMEDIO DE GRAN IMPORTANCIA HISTÓRICA: LOS MAHOMETANOS

Una palabra también sobre otro gran pueblo bíblico, de gran importancia histórica, aunque secundaria: los mahometanos.

A nadie se le oculta el origen bíblico de los musulmanes, descendientes de Ismael, hijo de Abraham por su esclava Agar. Si Isaac heredó las Promesas hechas por Dios a Abraham, de las que los judíos fueron vehículo y que en Cristo lograron admirable cumplimiento, los mahometanos recibieron también una bendición de Dios que se cumple a través de las edades.

Gén. XVII, 20. *He otorgado también tu petición sobre Ismael: he aquí que lo bendeciré, y le daré una descendencia muy nume-*

rosa: será padre de doce caudillos y le haré jefe de una nación grande.

Ismael no es judío, ni cristiano, ni pagano. No es pagano porque viene de Abraham, después que éste había salido de Ur de Caldea; no es judío porque aunque viene de Abraham es excluído expresamente de las Promesas hechas a Abraham y no es cristiano como aparece evidente. Luego el pueblo que de él debe venir tampoco es ni una cosa ni otra. El Génesis prenuncia que su nación será grande y numerosa e insinúa que será una nación eminentemente belicosa no sólo por llamarla grande sino por aludir a los doce caudillos.

Y la historia nos testifica con qué abundancia se han cumplido estas palabras que significan el carácter intermedio y de grandeza bélica que le cabe al pueblo musulmán. Los mahometanos han sido, en efecto, el intermediario entre la cultura pagana, no sólo greco-romana sino también del remoto oriente y los pueblos cristianos; y quien sabe no han de ser mañana ellos, convertidos a la fe, los que reduzcan a Jesucristo las últimas naciones de la gentilidad; los mahometanos han sido sobre todo, bajo su condición de enemigo exterior de la cristiandad, los que

han mantenido la unidad heroica de los pueblos cristianos, contribuyendo así poderosamente a su esplendor de grandeza.

Supervivencia de los pueblos bíblicos después de Cristo

Si estos cuatro pueblos son verdaderamente bíblicos, o sea si aparecen en la Palabra de Dios, contenida en la Biblia como directamente expresados, es evidente que deben llenar una misión teológica en la historia. Digo misión teológica para significar que es esta una misión querida por Dios con voluntad antecedente eficaz, antes de la historia misma; que por tanto ella rige a la historia de suerte que no son estos pueblos los que serán arrastrados por el torrente de las contingencias humanas para desaparecer, si cuadra en el torbellino de los hechos sino al contrario, el destino que Dios ha asignado a estos pueblos, arrastrará el torrente de los hechos contingentes, hasta que se cumpla en la historia el admirable designio de la Providencia divina.

No se diga que esto pone en peligro la libertad de la elección humana porque esta li-

bertad no es una libertad omnímoda como si de hecho los individuos o grupos humanos hubiesen de elegir entre todas las hipótesis simplemente posibles sino que ella está restringida a las *hic et nunc* posibles. La esfera de la libertad está entonces condicionada por una cantidad de factores que el hombre no puede modificar sin que ello importe un desmedro para su libertad psicológica. ¿Acaso porque somos libres podemos evadirnos de las condiciones de la vida presente y vivir un mundo que no sea éste —bueno o malo— de la vida moderna? ¿Y acaso porque no podemos evadirnos de él perdemos la facultad psicológica de elegir esto o aquello a nuestro arbitrio?

Por otra parte, la historia confirma la trascendencia de influencia de estos cuatro pueblos bíblicos. Todo está arreglado en el curso de los hechos humanos para dar fondo a la figura de Cristo que es el hecho central de la humanidad. Lo hacía notar antes con el pueblo judío y los pueblos paganos, que dentro de la fidelidad a la voluntad divina o contrariando sus preceptos, no ha hecho sino preparar los caminos a Jesucristo, *Rey del tiempo y de la eternidad* (Pío XI, Mit brennender sorge). Después de Cristo la

misma ley rige el curso de los acontecimientos. *En los últimos días el monte que se erigirá en la Casa del Señor, tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y se elevará sobre los collados; y todas las naciones acudirán a él. Y vendrán muchos pueblos y dirán: Ea, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob y nos mostrará sus caminos y por sus sendas andaremos...* (Is. II, 2). Estas palabras que los teólogos aducen para demostrar la perpetua visibilidad de la Iglesia de Jesucristo, también demuestra que ella debe ser el foco central de la historia. Ha sido puesta en medio de la humanidad, en el centro del tiempo y del espacio, como signo de contradicción, como piedra de tropiezo (San Lucas II, 34), como ruina y resurrección; nadie, ni individuos ni pueblos pueden permanecer indiferentes delante de ella, porque o acopian para su gloria o para su ruina.

El hecho luminoso que se levanta en las edades, después de la venida del Señor, es la Iglesia, con su cabeza Roma, en medio de los pueblos. Alrededor de ella se forma la Cristiandad. Ocho siglos de choques de pueblos contra pueblos, de civilizaciones contra civilizaciones, de paganos y de judíos con-

tra cristianos, han sido el crisol, del cual el Espíritu de Dios hizo surgir la maravillosa Cristiandad. Siempre será uno de los momentos culminantes de la historia aquel, en el cual el Papa León III, en la noche de Navidad del año 800, puso la corona imperial sobre la frente de Carlomagno y le hizo aclamar por el pueblo como emperador romano. "Había en la restauración de un título conservado como glorioso, algo que debía seducir la imaginación del pueblo de la ciudad eterna, y el Papado parecía como realzarse viniendo a ser por una iniciativa grandiosa, la fuente visible de una dignidad sin precedente en el mundo político." (Godefroy Kurth, *Les origines de la Civilisation moderne,* tome second, sept. edit., p. 309).

La Iglesia, Cristo visible en la tierra, aparecía con la plenitud de su realeza espiritual, de donde por una sobreabundancia venía también a robustecer y como afirmar el poder temporal de los príncipes y estos a su vez, conscientes de su misión de servidores de Dios y de los pueblos ofrecían la firmeza de su fuerza para el reinado de los derechos de Dios en los pueblos. Quién podrá cantar esas magníficas edades de vida profundamente cristiana, que penetró en los

sectores de toda la actividad humana, alzando las almas hasta divinas efusiones de auténtica mística, que iluminó las inteligencias con una visión jamás soñada del orden inenarrable de los seres, de la que la Suma Teológica no es sino pálido reflejo, que transfiguró la capacidad estética en todos los dominios del arte, como lo revelan la música, la poesía, la pintura, la arquitectura de la gran edad media en las insuperables obras, las más grandes del ingenio humano en todas las edades y latitudes, que transformó las costumbres de los pueblos hasta hacer una *oración* del cumplimiento laborioso de los deberes, familiares, sociales y políticos; y todo ello manteniendo con firmeza la atención del espíritu en Dios, sin que por ningún momento se enervasen las disposiciones del espíritu. Y ¿cómo olvidar a los magníficos caballeros medioevales, teólogos, filósofos, poetas, guerreros a la vez, porque la fuerza de la gracia divina levantaba juntamente todas las capacidades infinitas de que es capaz el hombre con la gracia de Dios?

El pueblo cristiano ha dado pruebas de las posibilidades de que son capaces los pueblos sometidos a la ley de la gracia de Cristo. Pero junto a los pueblos conquistados

por Cristo están también los otros pueblos bíblicos. El pueblo judío está allí como testigo ciego y mudo de la verdad cristiana; odia esa civilización y lucha contra ella en la sombra de sus *ghettos*, pero sus terribles asechanzas y traiciones se estrellan contra la robustez de la vida cristiana plena, de pueblos que saben que no hay que temer a los enemigos de Cristo cuando se vive con Cristo. (Ver Julio Meinvielle, *El Judío*).

También están allí los paganos como una masa inmensa e informe que hay que ir conquistando poco a poco para la luz cristiana. Por fin los musulmanes, como enemigos bélicos de esta civilización, sirven para mantener siempre pronto el ánimo de los pueblos cristianos, para que no se relajen, para que puedan apreciar palmariamente cuánto va de los dominios de Aquel que dijo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* a la barbarie y fiereza destructora de un pueblo que no se ha sometido a la ley de la gracia.

La civilización medioeval es una civilización sagrada. Es, sin género ninguno de duda, lo más alto que alcanzó y que ha de alcanzar la humanidad como civilización. Un teólogo de autoridad indiscutida como el

célebre Cardenal Billot (De Ecclesia Christi, epilogus, tom. II), aplica a ella lo que se lee en el Apocalipsis sobre la iglesia de *Thiátira,* palabra que significa esplendor y magnificencia de triunfo. "Es por tanto la Iglesia de Thiátira, la cuarta edad iniciada en Carlomagno con la Constitución del Santo Romano Imperio, cuya duración debía ser medida con el número mil (desde el año 800 al 1800). Y ciertamente, la institución del Santo Romano Imperio selló la subordinación de la ciudad temporal a la espiritual y fué a manera de corona para toda la organización social del reino del Señor, del cual vaticinaba Isaías: *Levántate a iluminar, Jerusalem, porque vino tu luz y la gloria del Señor apareció sobre ti. Y andarán las naciones en tu luz y los reyes en el esplendor de tu nacimiento... y a ti vendrán y se te postrarán los hijos de aquellos que te abatieron y besarán las huellas de tus pies todos los que te insultaban... y te alimentarás con las leches de las naciones y te criarán regios pechos y conocerás que yo soy el Señor que te salva, el Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob.* (Cap. 60).

Los otros pueblos bíblicos conviven junto al pueblo cristiano, pero se sienten domina-

dos. La gracia de Cristo salta con tanta fuerza en el corazón de los pueblos que nada puede resistirla ni oponerse a ella. Sus esfuerzos son vanos porque qué puede hacerse *contra la ciudad cuando es el mismo Señor quien la custodia.* Las fuerzas del mal trabajan, y trabajan con empeño, pero sus conatos son impotentes. San Pablo y San Juan nos enseñan que el enemigo de Cristo está trabajando ya entonces contra Cristo y no triunfa porque no puede. El Antecristo obra ya la iniquidad.

El Antecristo

Veamos de explicar aquí antes de seguir adelante, quién es este personaje misterioso que llena la historia, también a su manera y cuyos grandiosos triunfos no deben escasear en el correr de las edades.

¿Qué nos enseña la fe sobre el Antecristo? San Juan (I Carta, II) nos dice: *Hijitos, esta es ya la última hora, o edad del mundo y así como habéis oído que viene el Antecristo, así ahora muchos se han hecho anticristo: por donde echamos de ver que es la última hora.* Y San Pablo en su Carta a los

Tesalonicenses (II, II, 3-7) enseña: *No os dejéis seducir de nadie, en ninguna manera, porque no vendrá este día sin que primero haya acontecido la apostasía, y aparecido el hombre del pecado, el hijo de la perdición, el cual se opondrá a Dios, y se alzará contra todo lo que se dice Dios o se adora, hasta llegar a poner su asiento en el Templo de Dios dando a entender que es Dios.*

De la enseñanza del Apóstol San Pablo que es palabra de Dios para los cristianos aparece claro que el Antecristo será una persona física singular que resumirá en sí la malicia mayor que se pueda concebir. Hará la guerra sin cuartel a Dios y a Cristo. Su importancia es tan grande para el destino de los hombres que el Antecristo tendrá precursores como el Cristo ha tenido los suyos. Santo Tomás resume en la Suma Teológica, III, q. 8, a. 8) lo que más seriamente sostienen los teólogos católicos a su respecto: "El Antecristo es cabeza de todos los hombres malos: no en orden del tiempo o de la causalidad sino por la perfección de su malicia. De donde sobre aquello del Apóstol II, Tes. II, 2, *mostrándose como Dios,* dice la Glosa: "Así como en Cristo habitó toda la plenitud de la divinidad, así en el Ante-

cristo toda la plenitud de la malicia; no porque su humanidad haya sido asumida por el diablo en unidad de persona, como en Cristo lo fué la humanidad por el Hijo de Dios, sino porque el diablo influye en él en grado más eminente su malicia, con sugestiones, que en todos los otros hombres. Y en esto todos los otros malos que han precedido son como cierta figura del Antecristo, según II Tes. II, 7 *ya obra el misterio de iniquidad. Porque el diablo* —explica Santo Tomás en otro lugar (Comentario in Tes. II, II, 1.2) — *en cuyo poder vendrá el Anticristo, ya empieza a obrar ocultamente su iniquidad, por medio de tiranos y seductores, porque las persecuciones de la Iglesia de este tiempo son figura de aquella última persecución contra todos los buenos y son como imperfectas en comparación de aquéllas.*

¿Cuándo vendrá el Antecristo? El día y la hora sólo Dios lo sabe; pero San Pablo nos enseña, cuáles son las cosas que le han de preceder; y cómo antes que él venga debe producirse la *discessio* o apostasía de las naciones de que nos habla en I Tim. IV y la que el mismo Señor menciona en San Mateo XXIV; y aún antes de ella ha de acontecer a su vez *la predicación del evan-*

gelio del reino por todo el mundo (Mat. XXIV) y la entrada de las naciones en la Iglesia.

Y ¿qué es esta *discessio*? ¿Es simplemente la discessio de la fe, el apartamiento o apostasía de la fe? Santo Tomás recoge y completa la opinión de San Agustín que adquiere un sentido y realidad sorprendente. "Esta discessio es también —dice (Coment. in II Tes., cap. II, lect. 1)— el apartamiento del Imperio Romano, al que estaba sometido todo el mundo. Dice en cambio San Agustín que esto está figurado en Daniel II en la estatua, en que se nombran los cuatro reinos y después de ellos el advenimiento de Cristo, y que ésta era señal conveniente porque el Romano Imperio fué fundado para que bajo su poder se predicase la fe por todo el mundo. Pero ¿cómo puede ser esto, si las naciones se han apartado ya del Romano Imperio y todavía no ha venido el Antecristo? Hay que decir que todavía no cesó sino que se trocó de temporal en espiritual, como enseña el Papa León en el sermón de los Apóstoles. Y por esto hay que decir que el apartamiento del Romano Imperio debe entenderse no sólo del temporal sino también del espiritual, esto es de la fe católica

de la Iglesia Romana. Es un signo conveniente que así cómo Cristo vino cuando el Romano Imperio dominaba a todos, así por el contrario el signo del Antecristo sea el apartamiento de él."

El Diablo, el Antecristo y los Judíos

Es evidente que ni el mal ni el bien son patrimonio de ningún pueblo ni de ningún hombre, pero el diablo puede tener sus predilecciones como Dios y Cristo tienen las suyas. No olvidemos que el diablo es *dios invertido*, de suerte que imita en todo, las cosas grandes de Dios, para ridiculizarlas.

Ahora bien, es sorprendente el paralelismo que se puede establecer entre el diablo, el antecristo y los judíos.

Del Diablo nos dice San Juan en el Apocalipsis (XII, 9): *Así fué abatido aquel dragón descomunal, aquella antigua serpiente, que se llama diablo, y también satanás que andaba engañando al orbe universo.*

Del Antecristo se dice: *Aquel inicuo que vendrá con el poder de Satanás, con toda suerte de milagros, de señales y de prodigios falsos y con todas las ilusiones que pueden*

conducir a la iniquidad a aquellos que se perderán, por no haber recibido y amado la verdad a fin de salvarse. Por eso Dios les enviará el artificio del error con que crean a la mentira. (II Tes. II, 9-11).

De los judíos dice el mismo Cristo en San Juan VIII, 44: *Vosotros sois hijos del diablo y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre: él fué homicida desde el principio y así no permaneció en la verdad; y así no hay verdad en él; cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira.*

Es evidente que si existe una estrecha intimidad para la perpetración del mal en el mundo entre el diablo, el Antecristo y los judíos no han de faltar ellos en la gran tarea de deshacer la obra de Dios que es la Santa Iglesia. Y así vemos con qué furia estos tres enemigos de la Cristiandad han acometido la empresa de destruir la admirable civilización milenaria que edificó el cristianismo. Aunque la culpa de esta destrucción no la tienen ellos sino los mismos cristianos que fueron infieles al espíritu de Cristo. Porque para los pueblos vale lo que para las almas: nadie sucumbe a la tentación si no quiere. *Fiel es Dios* —dice San Pablo (I Cor X, 13)

— *que no permite que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros.* Los enemigos declarados del hombre cristiano comenzaron a tener éxito en su criminal empresa cuando los cristianos comenzaron a debilitarse en el espíritu de su vida interior. He aquí, por otra parte, lo que confirma la historia de aquellos tiempos bochornosos del fin de la edad media, en que el clero católico olvidó que debía ser *la sal de la tierra y la luz del mundo,* con lo que las costumbres se relajaron vergonzosamente y la fe se debilitó en los pueblos, mientras los poderes temporales se afirmaban en su soberbia de dominación.

La sucesiva destrucción de la Cristiandad.

La Cristiandad no era más que los antiguos pueblos paganos sometidos, por un doblegamiento total de sus inteligencias y voluntades y de todo su ser, al imperio transformador de la ley evangélica. Los valores curables del paganismo como eran muchos elementos sociales, jurídicos, estéticos, etc.,

quedaron en la estructura nueva, pero fueron bautizados y como transformados en una síntesis nueva, forjada por la Iglesia. La Cristiandad logró, dentro de la universalidad de la caridad que une a los más diversos pueblos y razas, mantener en un equilibrio perfecto todas las virtualidades del hombre tanto en su vida de individuo singular como en su proyección social. (Véase el Epílogo de *Concepción Católica de la Economía* de Julio Meinvielle). Cuatro son las formalidades esenciales que constituyen al hombre en la plenitud de su perfección humana, en la actual economía de salud. La vida sobrenatural de la gracia, encomendada a la custodia del Poder Sacerdotal; la vida natural del espíritu, que tiene su realización concreta en la virtud, *virtus,* que es también fortaleza y vigor, y está encomendada al Poder Político; la vida animal del cuerpo, que se manifiesta por la necesidad de satisfacer las necesidades económicas con cierta abundancia y tiene su expresión social en el burgués, el comerciante y por fin la pura vida del hombre, digamos su pura existencia vegetativa, con una economía rudimentaria destinada a satisfacer lo imprescindible de la necesidad humana, y que logra su expresión social en el

artesano. En un recto ordenamiento sin quitar ningún valor a cada una de estas formalidades ni funciones sociales, deben ellas aún por la conveniencia de su propia plenitud, estar jerárquicamente ordenadas, sometiéndose la más inferior a su correspondiente superior. Así en efecto acaecía en el admirable edificio de la cual medioevel, donde el hombre trabajaba y comía para vivir, vivía para adquirir la cultura de su espíritu en la práctica de la virtud y practicaba la virtud para servir a Dios; donde los campesinos y artesanos, unidos por los vínculos de la vida familiar bien afirmada y de la corporación, conspiraban al mejor resultado de la vida económica de la ciudad, región y nación, sometiéndose a la autoridad virtuosa del Poder político, y donde éste a su vez se sometía plenamente al Poder del Pontífice Romano que era la cúspide de todo el orden admirable que resultaba de la unidad en la multitud.

La Edad Media es esencialmente teocéntrica o teológica o sacerdotal, porque todas las actividades humanas, desenvolviéndose cada una en su esfera con una admirable economía, conspiran a la unión del hombre con Dios.

Tres son las revoluciones esenciales que

destruyen el edificio de la Cristiandad: La Revolución religiosa de Lutero que inaugura una cultura descristianizada "absolutista", en que los príncipes no reconocen más derechos que su voluntad; "naturalista" porque el hombre busca la expansión de la naturaleza; "racionalista" porque el hombre con sus medidas propias es buscado en todas las manifestaciones del arte; "clásica" porque busca una perfección de equilibrio racionalista. La revolución política de 1789, con la que comienza un mundo burgués, animal, estúpido y positivista: "animal", porque agotado el homo naturalis, no puede funcionar sino el homo animalis. De aquí el materialismo, "estúpido y positivista" porque agotado el raciocinio o sea la facultad que interpreta y unifica los hechos, no le queda al hombre más que limitarse a comprobar y ver los hechos y a coleccionarlos o sea el positivismo. Y la Revolución comunista de la U. R. S. S. en la que después de haberse arrebatado al hombre sus formalidades sobrenatural, natural y animal, no puede quedar sino el caos, la esclavitud oprobiosa en la que el hombre destituído de todos sus valores reales, queda en la condición de un ejecutor mecánico a expensas de su amo.

Protestantismo, Liberalismo, Comunismo; he ahí las tres grandes e irreductibles revoluciones de un mundo descristianizado, revoluciones todas ellas arrastradas por la lógica de un proceso dialéctico inflexible; revoluciones también, que mirando las cosas desde otro punto de vista, en atención a la causa eficiente que las dirige, no son sino el camino concreto para someter a la dominación judía los pueblos cristianos. (Ver Julio Meinvielle, *El Judío*).

Pero contra esta lógica pueden los hombres reaccionar, si se arman de voluntad fuerte como conviene a varones. Y esta reacción, cuando se traduce preferentemente en el plano económico-político, se llama Fascismo y puede dar origen a dos regímenes de vida completamente diversos: el uno pagano y el otro cristiano. El uno que exalta los puros valores naturales de nación, estado, raza; el otro que exalta todos los valores naturales sometiéndoles a la ley de gracia; el uno que quiere reascender a la etapa absolutista, naturalista, racionalista, el otro que quiere reascender a una cultura francamente cristiana.

De la descomposición de la civilización cristiana surgen entonces tres grandes pue-

blos: el uno sometido al paganismo; el segundo sometido a la dominación judía; el tercero sometido a la ley cristiana. Tres pueblos que hasta encuentran su expresión concreta en Estados constituídos: el pagano en el Nacional-Socialismo de Alemania (Ver Julio Meinvielle, *Entre la Iglesia y el Reich*), el Judío en el comunismo de Rusia; el cristiano en el régimen de Portugal o Austria, y en forma plena en el Estado cristiano que ha de surgir de la España que sangra.

Por vía de observación no dejemos de tener en cuenta que no hay necesidad de que estos nuevos pueblos bíblicos coincidan con los límites de ningún determinado Estado; dentro de los límites de un mismo Estado pueden coexistir los tres y así sucede hoy, donde en el recinto de una misma ciudad y Estado, luchan paganos, judíos y cristianos, es decir nacionalistas paganos, comunistas y cristianos.

No dejemos asimismo de observar que en la clasificación anterior no entran sino las formas puras para facilitar el análisis filosófico. Pero pueden existir corrientes y fuerzas intermedias; la historia es un hacerse; está siempre *in fieri;* así por ejemplo hay estados

como Francia e Inglaterra que no son paganos, ni judíos, ni cristianos, ni liberales, ni comunistas; presentan un tipo de transición entre el demoliberalismo y el comunismo; no se sabe en ellos qué fuerza va a predominar si la pagana, si la judía o la cristiana. Pero es evidente que en un plazo más o menos corto tendrán que decidirse por una de las tres.

Los actuales pueblos paganos

La Alemania del Nacional-socialismo constituye el primer caso típico de un pueblo pagano. Veamos si en ella se cumplen los caracteres esenciales que hemos asignado al paganismo.

Primer carácter del paganismo: reconocimiento de Dios. El paganismo no es ateo; reconoce a Dios y confía en la Providencia. Y este es el caso del Hitlerismo cuya concepción de la vida, la *weltanschauung* es y quiere ser profundamente religiosa. Apenas se encontrará discurso de Hitler, y de los grandes dirigentes del Reich y del Partido Nacional-socialista, en que no invoquen a Dios y a su divina Provincia. Precisamente una de las

grandes tareas y más felices del Nacional-socialismo, es su lucha tremenda contra los sin Dios emprendida desde el primer día que alcanzaron el poder

Segundo carácter del paganismo: la idolatría. Los paganos reconocen a Dios pero desnaturalizan su culto; lo que corresponde al Dios incorruptible lo tributan ellos a simulacros corruptibles. Y así el nacional-socialismo, como tal, profesa un cristianismo "positivo" que no es más que la idolatría de la sangre y de la raza nórdica venerada con formas, dogmas y ritos sacrilégicamente parodiados del culto cristiano. El Santo Padre en su encíclica a la Iglesia de Alemania denuncia enérgicamente esta adulteración de nociones y términos sagrados que había sido también denunciada en graves y repetidas ocasiones por el episcopado alemán. (Carta Colectiva del Episcopado alemán de junio 1934).

Tercer carácter del paganismo: la divinización del poder. En todos los pueblos paganos que alcanzan una gran civilización el poder se diviniza. No sólo en Roma sino también en los antiguos pueblos asirios y egipcios. La Estatolatría es cosa típicamente pagana. No es necesario explicar cómo ella se

cumple al pie de la letra en la Alemania Nacional-socialista donde tanto el Estado como el Reich son endiosados. Un estado que puede disponer de todo es un poder divino. Y en Alemania el Estado arrebata los derechos más sagrados de la persona humana como es la práctica de la religión; el derecho a constituir matrimonio, por la ley de la esterilización; el derecho a la vida, por la práctica de la eutanasia contra miembros inocentes de la colectividad; el derecho de los padres a educar sus hijos, por una educación total de la juventud en los moldes del Nacional-socialismo. . . El Estado es un Moloc devorador que no hace sino inmolar individuos en provecho propio. Es un dios.

Cuarto carácter del paganismo: la religión nacional. Y en Alemania toda la lucha contra las confesiones religiosas, tanto contra la protestante como contra la católica, se lleva precisamente porque estas confesiones son consideradas contrarias al genio de la raza germánica y en cambio se propicia y se quiere implantar en forma brutal el cristianismo positivo que ha forjado Rosenberg en el *Mito del Siglo XX*, porque éste sí ha de excitar las fuerzas vivas de la raza nórdica.

Quinto carácter del paganismo: Exalta-

ción de los propios instintos y odio a lo extranjero. En el reciente estudio *Entre la Iglesia y el Reich* aparece claro cómo la Alemania Nacional-socialista se ha ido forjando por su odio a lo no alemán y por la glorificación de la grandeza alemana, cuya misión en la historia es encontrarse a sí misma para salvarse y salvar a la humanidad. El Pangermanismo, que con tanto ruido inauguró Fichte, es la médula misma del Hitlerismo y de sus triunfos. De aquí también la gran tarea de depurar la raza alemana, aún en su realidad biológica, por la adopción de los más modernos procedimientos científicos y por la práctica del deporte... La carne alemana, con todos sus instintos de soberbia, también debe ser endiosada. La Eugenesia germánica tiene este sentido junto con la educación fuerte que se le da a la juventud en los campamentos. Lo cual, no sería reprensible si fuese un medio pero no un fin.

Las palabras de S. S. Pío XI (Mit brennender sorge) tienen una significación extraordinaria: "Muchos os hablan de gimnasia y de deporte, que usados en su justa medida dan gallardía física, lo cual no deja de ser un beneficio para la juventud, pero, se asigna hoy con frecuencia a los ejercicios fí-

sicos tanta importancia que no se tiene cuenta ni de la formación integral y armónica del cuerpo y del espíritu, ni del conveniente cuidado de la vida de familia, ni del mandamiento de santificar el día del Señor .... Que el cuidado de robustecer el cuerpo no les haga echar en olvido su alma inmortal, que no se dejen dominar por el mal, sino que venzan el mal con el bien (Rom. XII, 21) y que por último se propongan, cual nobilíma meta, la de conquistar la corona de la victoria en el estado de la vida eterna. (I Cor. IX, 24 y sig.)

Creo que no es posible demostrar con más evidencia, por los caracteres asignados, que el régimen de vida que el gobierno del Reich ha impuesto obligatorio al pueblo alemán, es típicamente pagano.

Los actuales pueblos judaicos

Sería completamente erróneo imaginar que se llaman aquí pueblos judaicos, pueblos que han adoptado el sistema religioso-político de Israel. Los judíos, que se creen una raza privilegiada y excepcional, jamás consentirán en que los despreciables *goïm* conociesen lo

que sólo está reservado para ellos, pueblos de elección. Pueblos judaicos son entonces aquéllos que han caído bajo la dominación de los judíos. Por esto, dos caracteres asignaba al pueblo judío: el anticristianismo y su sentido mesiánico de dominación universal. Es un pueblo teológico, que obra el mal a sabiendas y a conciencia para destruir la obra de Cristo y entronizar el Anticristo. Es el pueblo ejecutor de los planes del diablo sobre el mundo; es el pueblo que va a entronizar al Antecristo. Recordemos el Paralelismo que se puede establecer entre diablo, antecristo y judíos, según los datos de la Sagrada Revelación. Santo Tomás recoge, en sus Comentarios a II, Tes. de San Pablo, la opinión de los que dicen que el Antecristo saldrá de la tribu judía de Dan y que será entronizado por los judíos en el Templo reedificado de Jerusalén, para que se cumpla la palabra del Profeta Daniel; (IX) : *y estará en el Templo la abominación de la desolación;* y San Mateo, (XXIV) : *Cuando vieres la abominación de la desolación que fué anunciada por Daniel establecida en el lugar santo, quien lea entienda...*

Lo curioso es comprobar que *el comunismo* tal como se presenta y tal como ha sido

denunciado por los obispos católicos y por el Romano Pontífice demuestra un estrecho parentesco con el diablo, con el Antecristo y con los judíos.

"*Esto es lo que estamos viendo,* dice el Romano Pontífice en la *Divini Redemptoris.* Por vez primera en la historia asistimos a una lucha fríamente calculada y prolijamente preparada del hombre *contra todo lo divino*". (II, Ts. II,4). O sea le caracteriza con las palabras con que el Apóstol caracteriza al Antecristo. Luego éste es el pueblo del Antecristo. Y así en efecto los Obispos alemanes (24. 12. 26), en la admirable Carta Colectiva, le llaman *el precursor del Antecristo.* El Santo Padre, en cierto lugar le llama *Flagelo satánico...* y en el Discurso a los refugiados españoles subraya la *satánica preparación...* "Se diría que una satánica preparación ha encendido más viva aún en la vecina orilla, esta llama de odio y de la más feroz persecución, reservada, por confesión misma de sus enemigos, a la Iglesia y a la religión católica, porque ella es el único verdadero obstáculo al desencadenamiento de estas fuerzas que han hecho ya sus pruebas y dado su medida en el ensayo de derribamiento de todos los órdenes, de Rusia a la China, de Méjico a

la América del Sur"... En la Divini Redemptoris habla otra vez *"de la propaganda verdaderamente diabólica como tal vez no se ha visto igual en el mundo".*

Ya antes en la *Caritate Christi* de 1932 había dicho: "Pero frente a este odio satánico contra la religión, que recuerda el misterio de iniquidad", de que habla San Pedro (II, Tes. II, 7). Donde, como se ve, el Santo Padre lo coteja con el diablo y con el Antecristo, porque a éste alude San Pablo con dichas palabras.

Estos caracteres bastan para que sin más reconozcamos las huellas judías en el comunismo; pero hay más. A ella alude claramente el Romano Pontífice cuando en la *Divini Redemptoris* dice: "Una tercera y poderosa ayuda a la difusión del comunismo es la verdadera conjuración del silencio en una gran parte de la prensa no católica de todo el mundo. Decimos conjuración, porque no puede explicarse de otra manera que una prensa tan ávida de dar relieve a insignificantes incidentes diarios, haya podido por tanto tiempo callar los horrores cometidos en Rusia, en Méjico, y también en gran parte de España, y hable relativamente tan poco de la vasta organización universal como es

el Comunismo de Moscú. Este silencio es debido en parte a razones de una política poco previsora y *es favorecido por varias fuerzas que hace tiempo se empeñan en destruir el orden social cristiano*." ¿Cuál puede ser esta fuerza, y quién puede ser el que mantenga esta conjuración universal del silencio, sino aquella fuerza también universal que tiene en sus manos, por el oro, la prensa de todos los países del mundo? (Ver Julio Meinvielle, El Judío).

Que desde Moscú se dirija la satanización de los pueblos por el comunismo no puede haber duda; y de que en Moscú sean los judíos los que gobiernan y dirigen esta campaña tampoco puede caber duda ninguna. El discurso de Alfredo Rosenberg, pronunciado en la Asamblea del Partido Nacional-socialista en Nuremberg, el año 1936, es una pieza documental de valor extraordinario. A ella remito a los lectores en la imposibilidad de hacer aquí una demostración documental.

Finalmente, es tan grande la oposición entre la Iglesia y el bolcheviquismo que no puede entonces éste, que es como un Contra-Cristianismo, un Anti-cristianismo ser obra primera y principal sino de aquel pueblo que desde el día en que hizo colgar de

la cruz al Redentor, no busca sino destruir su divina imagen en los individuos y en los pueblos. Obra primera y principal de los judíos, pero no obra *única* de ellos, porque no es posible olvidar que la táctica farisaica de tramar en la sombra la muerte del Salvador, que luego hicieron ejecutar por los paganos, ya queda como consagrada para toda su actividad en el resto de las generaciones venideras. Así el Comunismo como todas las otras aberraciones y herejías que aparecieron en la historia cristiana han sido preparadas por estos hijos de las tinieblas, que luego las llevaron a la práctica por las manos ingenuas de los paganos. La Carta de los Obispos alemanes establece admirablemente esta oposición fundamental (Ver Julio Meinvielle, *El Judío*) entre la Iglesia Católica y el bolcheviquismo.

"En estos tiempos, en nombre de la Iglesia Católica, los obispos de diferentes países han hecho un llamado en coro, si así es dado decir, a la conciencia del mundo para oponerse al bolchevismo y rechazar a este primer campeón, a este precursor del Antecristo. La oposición entre el día y la noche, entre el fuego y el agua no puede ser más grande que la oposición entre la Iglesia Católica y

las concepciones generales del Bolchevismo. Aquí, en la Iglesia Católica, la fe en un Dios personal cuyo nombre consideramos como sagrado y cuyos mandamientos tenemos que observar. Allá, en el bolchevismo, la rebelión contra Dios, y el desprecio de sus mandamientos. Aquí la fe en la palabra de Dios, el respeto de las Santas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. Allá, los relatos bíblicos presentados como cuentos o mitos y entregados, en el museo de Moscú, a las burlas de los visitantes. Aquí, en la Iglesia Católica, la fe en Jesucristo, el Salvador y Redentor del mundo cuya sangre nos ha rescatado, cuya cruz es para nosotros, el signo de nuestra fuerza y de nuestra elevación. Allá en el bolchevismo, la cruz y los otros emblemas religiosos son expulsados de la vida pública y aun arrancados por la violencia de las casas de los particulares. Aquí, la Iglesia es el reino de Dios sobre la tierra; fundada por el Salvador, está encargada de una misión divina en el mundo; independiente del Estado en lo que concierne a las cuestiones religiosas o morales, fué ella en la historia de la civilización, la más grande bienhechora de la humanidad. Allá separación de la Iglesia y del Estado, servidumbre

de la Iglesia al Estado, esclavitud de la Iglesia en lugar de su derecho a la libertad, lucha metódica por el aniquilamiento del sacerdocio y de todo lo que presenta un carácter eclesiástico. Aquí en la Iglesia Católica, una liturgia que asociada al arte que se emplea en decorar los edificios destinados al culto divino, despierta en el hombre el sentimiento de un mundo superior cuando la celebración de los misterios divinos. Allá en el bolchevismo cierre o destrucción de las casas del Señor y proscripción de todas las fiestas religiosas. Aquí, el respeto de la autoridad y la consagración de la familia por la monogamía, la indisolubilidad del matrimonio y la fidelidad conyugal. Allá, una rebelión perpetua contra toda autoridad, la destrucción de la vida familiar, el desprecio del amor conyugal y de la fidelidad de los esposos, la situación lamentable de los hijos privados de todo hogar. Aquí en la Iglesia el respeto y garantía de la propiedad privada así como de los otros fundamentos de la vida social, el desarrollo de un estado de civilización que es la gloria inmortal de los pueblos cristianos. Allá en el bolchevismo, la expropiación de los bienes personales en favor del Estado comunista, el aniquilamiento de toda

civilización, el triunfo de la barbarie, la miseria económica. De hecho el contraste entre el día y la noche, entre el agua y el fuego no puede ser más grande que el contraste entre la Iglesia Católica y la organización bolchevista".

Los actuales pueblos cristianos

Los dos tipos de pueblos, el pagano y el judaico surgen entonces hoy claramente. También surge con claridad meridiana el tipo de los pueblos cristianos. Austria y Portugal nos ofrecen el tipo de estos, pero verdaderamente ellos saldrán de la España que sangra. La razón es la siguiente: Para forjar un régimen, tipo judaico o tipo pagano bastan las fuerzas humanas... los hombres no necesitan superarse a sí mismos, no necesitan triunfar sobre los propios instintos; en cambio una civilización tipo cristiana no es obra de los hombres sino de la gracia de Dios. Es cierto que para ello los pueblos no necesitan otra cosa que someterse humildemente a la influencia salvadora de la Iglesia de Jesucristo que con sus divinos preceptos, con sus santificadores sacramentos de tal suerte regula toda la actividad del hombre

en todos los sectores de su existencia, que el pueblo cristiano se va forjando. La maravillosa Edad Media con el canto gregoriano, con la poesía popular, con las simbólicas catedrales, con la Suma Teológica, con la prudencia de los reyes santos surgió así... por una infiltración lenta y segura de la vida cristiana en todas las capas de la actividad humana. Pero los pueblos eran dóciles. Además después de tres siglos de fecundarse la tierra con la sangre de los mártires, y de saturarse el ambiente del mundo con la ciencia de los doctores cristianos bien podía surgir un mundo cristiano.

La gracia de Dios está siempre pronta a volcarse sobre el mundo... pero es menester que encuentre un suelo propicio... y éste son las almas libres de sí mismas, despojadas de la propia soberbia. Hay que ver qué significa esto después del humanismo en que el hombre durante cuatro siglos no ha sabido hacer más que esto, buscarse a sí mismo en todas las manifestaciones de la vida y para ello, para su propia glorificación ha sabido ordenar todos los resortes de la actividad humana en la religión, la filosofía, la política, la economía, el arte, etc....

Un mundo cristiano que puede ahora sur-

gir en cualquier momento, una vez agotadas las posibilidades metafísicas del terrible proceso de descristianización, necesita esta condición previa, del martirio del fuego y de la sangre por el cual tan gloriosamente ha pasado y está pasando España. No olvidemos que una civilización cristiana es *heroica,* no sólo en el heroísmo de las grandes gestas sino en el de la vida cristiana, continuamente llevada, hora tras hora, con una terrible fidelidad a la gracia. Y el heroísmo español que nunca se ha derrochado tanto, posiblemente ni en la cruzada contra la media luna, tiene este sentido de preludio de una vida cristiana también grande. No es posible imaginar que un pueblo, que se ha visto oprimido como uva en el lagar por la barbarie comunista que ha amenazado arrebatarle su suelo, su honor y su religión, y que ha sabido luchar con denuedo por no sucumbir, confiando en Jesucristo y en su Madre, salga ahora de esta cruenta purificación para no hacer nada grande o para traicionar los principios cristianos.

Por otra parte, por el aire que se respira en la España reconquistada, por el espíritu de las milicias de requetés, por la gran piedad de la mujer española, por las declaraciones

de los obispos en Documentos públicos, por las mismas declaraciones de los actuales jefes de la España Nacional, todo induce seriamente a afirmar que de España ha de salir un Estado cristiano.

Un Estado cristiano que después de haber asegurado los derechos legítimos que tienen todos los españoles al bienestar humano, por una regulación equitativa de la actividad económica en una economía corporativa impregnada por la justicia social y la caridad cristiana, afianzará la vida familiar, la vida regional, la vida nacional, para afirmar la unidad de España bajo un jefe prestigioso, dentro de la continuidad de la monarquía carlista; un Estado Cristiano que después de fundarlo todo en la justicia y en la caridad cristiana que penetrará en todos los ambientes y clases de la sociedad, no creerá que todo está hecho sino que coronará su obra por el reconocimiento público y solemne de la Realeza de Jesucristo. En España reinará, como está anunciado, el Corazón de Jesús, y no por una simple entronización oficialista sino porque las almas de todos los españoles, individual como colectivamente tomados (habrá sus excepciones como en todo lo humano, pero serán excepciones), se doblegará a la

gracia de Jesucristo. Nada nos extrañará que muchos y ruidosos enemigos públicos de Jesucristo, aún de la triste España republicana, vuelvan con sinceridad y con regocijo a trabajar por la grandeza de la España Católica.

No sólo será España la que establezca un Estado cristiano. Otras naciones la imitarán, porque las fuerzas de cristianismo auténtico que se vienen desarrollando en el mundo desde la época anticristiana de la Revolución Francesa, tendrán que lograr plenitud de realización en Estados cristianos también auténticos. El futuro, y no muy remoto, dirá qué hay de verdad en esta apreciación.

La lucha entre los tres actuales pueblos bíblicos

Hemos establecido el carácter de los tres pueblos bíblicos que en forma visible se están forjando en el mundo de hoy. Tres fuerzas agitan entonces de modo irreductible y primordial lo profundo de la humanidad de hoy: el cristianismo con su preocupación inmemorial de conquistar el mundo para la realeza espiritual de Jesucristo; el paganis-

mo para mantener el mundo para sí mismo, para la propia sangre o la propia raza; el judaísmo que le quiere conquistar para la entronización satánica del Antecristo. Estas tres fuerzas son irreconciliables. ¿Qué puede haber de común entre el Cristo y el Antecristo? ¿qué de común entre Cristo o el Antecristo y la satisfacción propia del paganismo?

Sin embargo, si se examinan las tres fuerzas, se llega a la conclusión de que completa y enteramente irreductibles no son más que dos, es a saber Cristo y el Antecristo, el Catolicismo y el Judaísmo. El Paganismo es una fuerza autónoma, con sentido propio, pero que después de todo, ha de trabajar para Cristo o para el Antecristo. La lucha final de la humanidad se entablará entre estas únicas fuerzas, así como el mundo comenzó con la lucha primera de Dios y del diablo, también la historia humana se cerrará con estos terribles actores.

Entonces el ciclo humano podrá cerrarse porque el fin alcanzó el comienzo. De Dios salió el mundo por la creación, a él debe volver por el juicio final y la vida perdurable. Cuando el diablo se presentó en el paraíso para perder al hombre no estaban sino ellos

dos: Dios y la serpiente que quería arrebatarle la primera pareja humana. Y el último día de la humanidad, el diablo, en el Antecristo, hará el supremo y último esfuerzo para arrebatarle a Dios el último resto del género humano. Todas las otras fuerzas intermedias, incluso el paganismo, habrán desaparecido para no quedar en el escenario más que Cristo y el Antecristo disputándose la posesión del hombre.

Ahora bien; no estamos todavía en esta lucha suprema de la humanidad. Esto que resulta clarísimo por la consideración del estado del mundo, en el que se debaten todavía grandes y sólidas fuerzas que no pueden tan fácilmente reducirse ni a Cristo ni al Antecristo, se hace más claro aún a la luz de la teología católica, que enumera cuáles son los hechos transcendentales por los que es necesario pasar para que lleguemos a esta Suprema y definitiva lucha por la conquista de los pueblos. El Antecristo no vendrá hasta que acaezca la apostasía de los pueblos de que se habla en distintos pasajes del Nuevo Testamento (San Pablo, II. Tes. XX, II, 2). Pero por otra parte esta apostasía de los pueblos tampoco es posible hasta que no acaezca la plenitud de los gentiles, *plenitudo*

gentium, la entrada de las naciones en el seno de la Iglesia: *"se convertirá al Señor toda la extensión de la tierra; se postrarán ante su acatamiento las familias todas de las gentes.* (Ps. XXI, 28). *Y dominará de un mar a otro y desde el río hasta el extremo del orbe de la tierra... le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le rendirán homenaje.* (Ps. LXXI, 8, 11).

Veamos íntegro el pasaje del Apóstol, en el que preanuncia la entrada de *la plenitud de las gentes. No quiero que desconozcáis, hermanos, este misterio (a fin de que no tengáis sentimientos presuntuosos de vosotros mismos) y es que una parte de Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado; entonces salvarse ha todo Israel.* (Rom. XI, 25).

Santo Tomás, comentando este pasaje (in Rom. XI, 25) dice: "Hasta que entre en la fe *la plenitud de las naciones*, esto es, no sólo algunos particularmente de los pueblos gentiles, como entonces se convertían, sino cuando en su totalidad o en su mayor parte fuese fundada la Iglesia entre todos los pueblos gentiles, *del Señor es la tierra y cuanto ella contiene*".

Como es fácil verificar no estamos todavía en esta plenitud de las naciones.

Pero si esta lucha actual de los pueblos bíblicos, no puede ser la final, tampoco puede andar muy lejos de la final. El pueblo bíblico del Antecristo ya se ha instalado en el mundo. Como demostré anteriormente por el paralelismo entre el diablo, el Antecristo, los judíos y el comunismo, este no puede ser sino el pueblo del Antecristo.

El Antecristo ya ha comenzado a formarse su pueblo con la estructura definitiva que ha de tener en la lucha final. Ya hay sobre la tierra un pueblo satánico que reniega de Dios porque es Dios y que adora el mal porque es el mal. Ya está entonces el pueblo del Antecristo, que podrá sin duda ser vencido en una primera batalla pero que surgirá luego más poderoso para la tremenda batalla final, en la que Cristo, y sólo Cristo le deshará con el soplo de su boca.

Las palabras del Pontífice Pío X, en la encíclica *E Supremi,* vendrían a confirmar esta opinión de que el Antecristo no está lejos: "Quien considera estas cosas —dice— debe sentir temor de que esta perversidad de las almas no sea el comienzo de los males que han de acontecer en los últimos tiempos; y

que *el hijo de la perdición,* de que habla el Apóstol, no esté ya sobre la tierra... Con tan grande audacia, con tanto furor, se combate por todas partes a la religión y se impugnan los documentos de la Revelación y se intenta destruir y borrar los lazos que unen al hombre con su Creador... Por otra parte la nota que es característica del Antecristo, según el mismo Apóstol, es a saber de que el hombre, con gran temeridad, ocupe el lugar de Dios, *levantándose por encima de todo lo que se dice Dios,* de tal suerte la realiza que, aún cuando no pueda destruir completamente en sí el conocimiento de Dios, con todo, rechazando su divina majestad, se ha constituído en objeto de adoración en este mundo visible, del que ha hecho como su templo. *Está sentado en el templo de Dios, exhibiéndose como Dios.*

Y en la *encíclica Miserentíssimus Redemptor* (8.5.28) dice aún más claramente Pío XI, después de describir los estragos comunistas. "Espectáculo de tal suerte desconsolador, que se podría ver en él la aurora de los "comienzos de dolores" (initia dolorum) que debe traer "el hombre del pecado levantándose contra todo lo que es llamado Dios u honrado con un culto".

No se puede verdaderamente impedir el pensamiento de que parecen muy próximos los tiempos predichos por Nuestro Señor: "*Y como aumentará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos*".

La primera gran batalla entre los tres pueblos bíblicos

Pero, aunque no sea la final, estamos actuando en una lucha terrible de pueblos bíblicos.

La primera gran batalla se ha comenzado a librar en el mundo: es la batalla terrible contra el comunismo. Con la misma pujanza luchan contra él cristianos y paganos. Otro pueblo grande, el pueblo de los musulmanes también está contra el comunismo. Este es el peligro supremo de la hora y el Santo Padre lo considera un flagelo tan espantoso que en su Carta Encíclica *Caritate Christi* exhorta a todos los hombres que todavía admiten la creencia en Dios para que se unan, *aún con graves sacrificios para salvarse a sí mismos y salvar la humanidad*.

La batalla es universal, lo mismo en Oriente que en Occidente, pero por significación

histórica trascendental se concreta, en lo que se refiere a las armas, en la península ibérica: el fuerte de la lucha lo llevan los cristianos, pero con la ayuda de paganos y musulmanes. De ésta el comunismo va a quedar vencido y dominado, pero no quedará completamente extirpado. La apostasía que ha echado raíces en el suelo de la cristiandad es demasiado grande para que sea fácilmente extirpada. Aunque se la venza quedará en estado latente pronta a surgir, no bien encuentre condiciones propicias.

La Batalla sangrienta ha comenzado en España pero no se reducirá a España... otras naciones serán teatro de sucesos semejantes...

En unos pueblos, como España, el comunismo será vencido por los cristianos, en otros será vencido por los paganos. Pero el comunismo será vencido. Suponer, por un instante, que el comunismo pudiese salir vencedor de esta primera lucha, sería entregar la humanidad a Satanás de cuyas manos nadie ya podría reconquistarla. Correspondería ya la hora al juicio universal, y entonces ¿qué sería de la plenitud de los gentiles en la Iglesia, qué de las familias de todas las gentes, que se postrarán ante su acatamien-

to? Pareciera que el Romano Pontífice, en la *Divini Redemptores,* ve tan luminosamente esto que por ello no concibe ninguna especie de colaboración con el comunismo, sobre ningún terreno.

Por otra parte, el triunfo del comunismo, más o menos general, y el fin del mundo, es una misma cosa, porque ¿qué cosa puede reservarse más espantoso, más pavoroso y terrorífico que el comunismo?

Si lo único que pudiese justificar un como triunfo comunista es la necesidad de purificación de que necesita la humanidad, esta se alcanzará y bien grande con el simple choque de los pueblos contra este *flagelo satánico* (Pío XI), sin que sea necesario admitir su victoria, aunque efímera. España nos dá clara prueba de ello.

La exaltación pagana

He demostrado anteriormente cómo en el mundo —y en el núcleo central del mundo donde están las naciones que visiblemente dirigen el curso de los acontecimientos históricos presentes— hay pueblos típicamente paganos que de ningún modo

pueden identificarse ni con cristianos ni con judíos; ni con el Estado Cristiano, ni con el Comunismo. Alemania ofrece un ejemplo claro. Es un pueblo con voluntad decidida, como he demostrado en *Entre la Iglesia y el Reich,* de constituirse con una concepción religioso-cultural esencialmente germánica o nórdica, ajena totalmente a judíos o cristianos.

Pero el Nacional-socialismo no parece ser el caso único en el mundo. El Japón ofrece en el Oriente el tipo de un imperio pagano así como la China se acerca al tipo de un imperio comunista. Y en los pueblos occidentales el movimiento pagano encuentra realización de la *Action Française* en Francia; en el Nacional-socialismo de Austria; en algunas manifestaciones iniciales del Falangismo, y, entre nosotros, algunos núcleos nacionalistas parecen arrastrados por una mística pagana. Todo régimen en el que la nación o el Estado se colocan por encima de todo y en el que éste hace un monopolio de la educación y formación de la juventud, es un régimen pagano. Es evidente que en la realización concreta estos regímenes que han de adaptarse a las condiciones de vida del país en el que se aplican, pierden o acen-

túan su carácter pagano. El Fascismo italiano ofrece el ejemplo claro de esto; no hay duda que existe en él una fuerza pagana de estatolatría y de totalitarismo fuertemente frenada por las circunstancias concretas de la vida italiana, católica y pluralista en la que ha de actuar. Hay que reconocer francamente que el origen del dinamismo fascista no es católico sino maquiavélico-hegeliano. Pero lo que le hace esencialmente curable es que es precisamente un dinamismo. Un dinamismo de actividad política impulsado por el bien común del pueblo italiano. Y así cada día ha ido renunciando más a su origen para servir mejor los intereses reales de la Italia. Es también claro que estos regímenes pagano-cristianos, mientras no se resuelvan decididamente por una u otra cosa, andarán fluctuando entre ambas, y la historia del mañana nos dirá hacia dónde se han volcado finalmente. Porque no podrán seguir así por mucho tiempo ya que todos los pueblos tienen que decidirse en un plazo más o menos corto por estas formaciones teológicas de la Biblia.

Si el comunismo ha de ser vencido en esta primera batalla, ¿qué suerte habrán de correr los otros pueblos, el pagano y el cris-

tiano? También ellos deberán enfrentarse en decisiva lucha, que ha comenzado ya sobre el suelo alemán.

Todo hace presagiar que el poderío alemán, apoyado por las otras potencias fascistas o semifascistas, irá en aumento progresivo hasta convertirse en el tremendo Nabucodonosor de Europa. Rusia y el comunismo quedarán liquidados; las potencias comunizantes, como Francia e Inglaterra también habrán de ser liquidadas... el inmenso imperio inglés se deshará rápidamente. Europa temblará ante el fantástico imperio alemán y el mundo parecerá entregado a un imperio pagano.

El triunfo cristiano sobre el paganismo

Este próximo triunfo de los pueblos paganos sobre el comunismo que importará una tremenda exaltación pagana es también el último esfuerzo desesperado del paganismo por afirmarse en el mundo antes que el soplo de Cristo le eche para siempre de la tierra. La cruz vencerá a la svástica. El hitlerismo que habrá creído terminar con la Iglesia no habrá hecho más que terminar con

los enemigos de la Iglesia, es a saber con el protestantismo, el demoliberalismo y el comunismo. En efecto son estos tres monstruos los que vienen perturbando la cristiandad desde hace siglos y contra ellos también arremete furioso el Nacional-socialismo. Sin quererlo el Hitlerismo trabajará para la Iglesia que en último término habrá de vencerlo. El Poderío germánico amansará los pueblos para hacerlos dóciles a oír la voz de la Santa Iglesia que resonará potente por toda la tierra, de un confín al otro, después que el Hitlerismo sea subsumido por la fuerza sobrenatural de la Alemania Católica. Así Alemania sin quererlo cumplirá la vocación grande para la que fué predestinada cuando se la constituyó el brazo secular de la Cristiandad.

Porque aquella vocación que Alemania no llenó en la cristiandad, de custodiar la integridad de la misma por la represión de las fuerzas anticristianas, tendrá que cumplirla ahora, sin mérito ni gloria, como un mero ejecutor de los designios de Dios.

Y el triunfo pagano logrará sentido porque será el preludio del triunfo cristiano que vendrá detrás de él. Y así una vez más

la historia convergerá hacia Cristo, que debe ser conocido y glorificado por las naciones.

Restauración de la cristiandad

No es fácil presagiar cuál podrá ser el camino que seguirán los pueblos apóstatas de Europa para retornar al seno de la Iglesia. Si el poderío germánico, que sufrirá un delirio de necia exaltación, será simplemente subsumido en la cristiandad por las fuerzas católicas de su propio seno, o si un príncipe cristiano libertador, de Francia, de España o de Italia, que Dios puede suscitar cuando le plazca, doblará la cerviz del temible y frágil coloso.

Quizás las naciones vayan retornando a la Iglesia en orden inverso al de su apostasía... O sea que la primera que se apartó sea la última en retornar y la última sea la primera. En este orden España sería la primera en retornar; luego Francia, Inglaterra, Alemania y por fin Rusia...

No hay duda que en esa hora a España y a Francia le ha de caber una misión excepcional. A España la que está realizando ahora: ser el inconmovible baluarte contra el

comunismo y contra el paganismo así como otrora lo fué contra la arrogancia de la media luna. Y a Francia, purificada de sus grandes delitos, llevar el estandarte del orden cristiano al oriente y al occidente. Quizás entonces pueda cumplirse lo que el Venerable Bartolomé Holzhauser, escribió en el siglo XVII y que se conserva impreso en su vida latina, en 1734, de la que existe un ejemplar en la biblioteca de la Minerva, en Roma. (Ver Voces Proféticas de J. M. Curicque, 1875)....

.... "En medio de esto, la paz no se habrá aun restablecido definitivamente, pues de todos lados conspirarán los pueblos en favor de la república, y así se verán todavía terribles calamidades por todas partes; la Iglesia y sus ministros serán hechos tributarios, los príncipes serán derribados, los monarcas condenados a muerte y sus vasallos entregados a la anarquía. El Omnipotente entonces intervendrá con un golpe admirable que nadie en el mundo pudiera imaginarse. Y aquel poderoso monarca que debe venir de la parte de Dios, reducirá a la nada la república, subyugará a todos sus enemigos y reinará de Oriente a Occidente. Lleno de celo por la verdadera Iglesia de Cristo

unirá sus esfuerzos a los del futuro Pontífice por la conversión de los infieles y herejes. Bajo semejante Pontífice que Dios predestina al mundo, será menester que el reino de Francia y las otras monarquías se pongan por fin de acuerdo, después de las sangrientas guerras que las habrán desolado, y que bajo la dirección de aquel gran Papa se presten a la conversión de los infieles y así todas las naciones vendrán a adorar al Señor su Dios. Al tiempo de este triunfo de la fe católica y ortodoxa florecerán gran número de santos y de doctores; los pueblos amarán la justicia y la equidad, y la paz reinará en la tierra por espacio de largos años, hasta la venida del hijo de perdición..." "En aquel tiempo todos los pueblos y todas las naciones afluirán a un aprisco y entrarán en él por solo la puerta de la fe. Así se cumplirá la profecía: *Y será hecho un solo aprisco y un solo pastor* (S. Juan X, 16) y esta otra también: Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonios a todas las gentes: y entonces vendrá el fin (Mt. XX, 14)".

Quizás no sea tan peregrino lo que escribe un monje del siglo X, recogiendo tradiciones comunes de la época (Adsonis abbatis

monasterii Dervensis, Liber de Antechristi, Patrol. Latina CI, pág. 1295): "Dice después el Apóstol que el Antecristo no ha de venir al mundo, si no viniere primero la apostasía, la discessio, esto es si todos los reinos del mundo no se apartaren del Imperio Romano, al cual estaban sometidos. Este tiempo todavía no llegó porque aunque veamos el reino de los romanos destruído en su mayor parte, con todo mientras duren los reyes de los Francos, que deben tener el Imperio Romano, la dignidad del Imperio Romano no habrá perecido completamente, porque se mantendrá en sus reyes. Enseñan en efecto nuestros doctores que uno de los reyes de los Francos tendrá bajo su poder íntegramente el imperio romano, que existirá en los últimos tiempos; y será el mayor de todos los reyes y el último, el cual después de haber gobernado finalmente su reino, vendrá por último a Jerusalén y depondrá en el monte de los Olivos su cetro y corona. Este será el fin y consumación del imperio de los romanos y de los cristianos y entonces se revelará *el hombre de pecado.* Este rey devastará grandes islas y ciudades, destruirá todos los templos de los ídolos, convocará a todos los paganos al bautismo y en todos los templos erigirá

la cruz de Cristo. Y entonces los judíos se convertirán al Señor. *En aquellos días se salvará Juda, e Israel habitará confiadamente.* (Jer. XXXIII, 16)."

En esta hipótesis, la monarquía de los Franceses, la legítima de los Capetos, no estaría sino interrumpida, y volvería a la historia a renovar las grandezas de fe y equidad de los tiempos de San Luis.

Respuesta a dos posibles objeciones contra esta hipótesis

Dos objeciones grandes se pueden formular contra esta hipótesis. He aquí la primera: Si esto fuere así la próxima restauración no sería sino una vuelta a lo pasado, lo cual además de contrariar el principio de la irreversibilidad de la historia, no explicaría la razón de ser de cuatro siglos de vida moderna.

Admitiendo el principio de la irreversibilidad de la historia hay que contestar que no sería esta una restauración de todo lo pasado sino del *espíritu eterno*, que fué respetado en los siglos grandes de la Edad Media; y de instituciones *humanas*, como la monarquía, que aunque podrían ser efímeras con-

servan en la economía presente del hombre muchos y primeros valores espirituales de civilización como *concretados* en ella. No se restaurarían entonces este espíritu y estas instituciones como cosas arcaicas sino en virtud de aquellos principios eternos que no son del pasado ni del presente sino que valen para todos los tiempos.

Cada pueblo es *un* pueblo en el tiempo y en el espacio. Quebrar en él una sucesión dinástica, aunque en abstracto pueda parecer indiferente, es como quebrar algo de su vida.

No es necesario advertir que lo antiguo, que sería restaurado no por lo que tiene de antiguo sino de eterno, esto es valedero para todo tiempo, alcanzaría su existencia en condiciones nuevas de vida, de acuerdo a todos los progresos legítimos alcanzados con el trabajo de las generaciones. Que toda adquisición positiva, operada en los tiempos del retroceso moderno alcanzará mayor esplendor cuando se le integre en los principios saludables del orden humano.

¿Cuál sería la razón de ser de cuatro siglos de vida moderna? Muy sencillo. ¿Cuál debió ser la tarea de los pueblos europeos que recibieron los beneficios de la fe? ¿Porqué en los designios inescrutables de Dios,

fueron estos pueblos favorecidos primero con la fe cristiana? Sin duda para que fuesen los portadores de esta palabra por toda la tierra. Europa debía dar al mundo gratuitamente lo que recibió gratuitamente. ¿Qué hizo en cambio? Se desvió de los caminos del Señor y se entregó en cuerpo y alma a descubrir las fuerzas que escondió el Señor en lo profundo de la tierra. Y sea cualquiera la especie de relación que pueda existir entre ambas series de fenómenos el hecho es que, a medida que se fué apartando de la fe, fué progresando en el descubrimiento y en la utilización de los inmensos secretos que encerró el Señor en lo recóndito de los seres.

Ahora bien; todo esto lo ordenó providencialmente Dios. Porque lo que los pueblos cristianos de Europa no han cumplido a las buenas *meritoriamente,* habrán de cumplirlo de otra manera y sin mérito; pero habrán de cumplirlo. Y así los pueblos al impulsar al progreso técnico y llevarlo por toda la tierra, acortando las distancias no han hecho sino preparar los instrumentos para que en un día próximo, cuando el Señor así lo ordene, purificados los pueblos por saludables castigos, amansados y dóciles para escuchar la voz del Señor, pueda esta dejarse oír, en

un instante por todos los ámbitos del globo. Los terribles instrumentos mortíferos que ellos mismos en su orgullo insensato han inventado servirán para purificarlos y llamarlos a la contrición del corazón que no han querido lograr de otra manera y los otros poderosos inventos que han cambiado las condiciones de todos los elementos, sea el aire, el fuego, la tierra o el agua servirán para evangelizar los pueblos en pocos años. Lo que de otra suerte se habría logrado en siglos hoy se podrá lograr en contados años. Y así todas las cosas —el cielo y la tierra— han de cantar la grandeza de Dios, que sabe valerse de todos los caminos de los hombres para edificar su camino. ¿Quién podrá imaginar lo que puede ser, en un mañana próximo, la prodigiosa maquinaria de la técnica moderna en manos de príncipes cristianos que no tengan otra preocupación que la difusión del Evangelio?

La segunda objeción que se puede formular contra esta hipótesis, hela aquí: Vemos hoy una lamentable apostasía de las masas. Los pobres, los humildes que son la porción predilecta del Salvador vánse apartando progresivamente de la fe y vánse sumando a las filas marxistas de los sin Dios. Cómo se so-

lucionará este "gran escándalo", denunciado por Pío XI, y recordado aún en la *Divini Redemptoris?* Todo cuanto se haga en este sentido, como todo lo que se viene haciendo desde Ketteler, aunque no produzca frutos visibles de una estructura económica cristiana, no es trabajo perdido. Esta semilla que se siembre dará fruto, y abundante, a su hora. Pero quizás sea otro *el camino concreto,* por el cual Dios ha de llevar a los obreros lamentablemente *proletarizados* de vuelta al aprisco que han abandonado. Una triple y casi simultánea acción ha de realizar esta tarea, la misma que ha de recristianizar a los demás hombres de cualquier condición social porque todos están igualmente descristianizados. *El fuego purificador* de castigos tremendos que se harán sentir en todas partes, como los que ahora se ciernen sobre España. Desgraciadamente el hombre está tan apartado de Dios, se ha hecho tan insensible a su voz, que solo a sacudones puede ser despertado del letargo en que se halla sumido. No se diga que estos prenuncios terroríficos pueden ser excitaciones calenturientas del cerebro. No se olvide que en su *Caritate Christi* de 1932 el Santo Padre conjuraba al mundo a entregarse a la oración y a la penitencia si no quería verse

sumido en una catástrofe de terror y anarquía. Y como el mundo no escuchó la voz augusta del Vicario de Cristo, estos castigos han comenzado ya, y en qué forma tremenda y espantosa, en la noche negra de la España roja. Cuando los hombres hayan sido así preparados, podrá ser útilmente aprovechada *la efusión del amor de Dios,* que infundirá en los corazones de los hombres, de toda condición social, la palabra encendida de sacerdotes y de laicos santos, que el Señor suscitará en la tierra; varones de una santidad extraordinaria como no se ve hace siglos en la Iglesia, según lo ha anunciado el beato Grignon de Monfort, en su admirable *Tratado de la Verdadera Devoción a la Virgen.* Esta santidad de los sacerdotes y de los laicos colaboradores de la Jerarquía, santificará las almas y las instituciones y nos dará la nueva cristiandad. Y en qué abundancia no habrá de darlos el suelo de naciones que, como España, han sido regadas con la sangre de mártires y de héroes. Ellos forjarán la España nueva que emulará la epopeya cristiana de los tiempos idos, así como ahora ha emulado las más grandes gestas de los siglos legendarios. Esto es lo que no deben olvidar aquellos que creen que un Estado cristiano pueda sur-

gir por la imposición tiránica de un príncipe poderoso. No puede dar la espada, lo que sólo es efecto de la gracia de Dios. Pero también será necesaria *la espada del príncipe cristiano* que reprima la perversidad de los impíos, que no sólo no quieren convertirse a su Dios, sino que buscan por medio de toda clase de seducciones y engaños pervertir a los pueblos. El liberalismo corruptor será totalmente excluído de los pueblos y éstos habrán de someter su vida pública a las santas leyes de Jesucristo y de su Iglesia.

El fuego purificador preparará entonces los caminos del Señor; el apostolado de santidad evangelizará profundamente los corazones; y la espada de los príncipes cristianos mantendrá la integridad del ambiente público cristiano. Y los hombres de cualquier condición y los pueblos de toda raza y nación conocerán al Señor, su Salvador.

Y así la nueva cristiandad no será del todo nueva, como han querido fingir los filósofos, sino que será la antigua renovada, *restaurada*. El sacerdocio y el poder de los príncipes trabajarán juntos en esta *Restauración* de los derechos de Dios y de los pueblos. Los hombres, cualquiera sea la condición que les toque en la escala social, habrán aprendido

a apreciar sobre todas las contingencias de lo humano la dignidad altísima de la persona humana, que no en vano ha sido rescatada misericordiosamente por la sangre de Cristo para que por ella y en El, sepan todas amarse como hermanos.

La Carta del Santo Padre, dirigida al episcopado mejicano, el 28 de marzo de 1937 pareciera estar escrita con la dulce confianza de la pronta vuelta a esta prosperidad de la Iglesia en el mundo. Apenas se queja en ella el Romano Pontífice de la tiránica restricción a que se ve forzada la acción de la Iglesia en ese gran país; sino que ella se desenvuelve indicando las normas de apostolado de los sacerdotes y de la Acción Católica para renovarles a todos los hijos mejicanos *la exhortación a la unidad, a la caridad, a la paz, en el trabajo apostólico de la Acción Católica, llamado a devolver Cristo a Méjico y a restituirles la paz y aún la prosperidad temporal.*

Los pueblos musulmanes en la Iglesia

Los musulmanes también entrarán en la Iglesia. Un poderoso movimiento agita hoy al mundo musulmán . . . Este pueblo inter-

medio entre judíos y paganos ha tenido como misión histórica ser el vehículo de comunicación entre Oriente y Occidente, entre el paganismo y el cristianismo. Pueblo belicoso, no sabemos qué suerte providencial puede caberle en estas luchas decisivas que se entablan entre los pueblos bíblicos. Pero es curioso advertir que mientras le agita por dentro un poderoso impulso de resurgimiento se le ve acercarse a Potencias cristianas como España. Quién sabe sino es éste el camino para introducirle definitivamente en el seno de la Iglesia.

El triunfo comunista y el triunfo final de Cristo

Después de esta feliz restauración cristiana de las naciones, que será *la plenitud de pueblos*, de que habla el Apóstol (Rom. XI, 25) y que será coronada con lo que el mismo Apóstol llama plenitud de Israel, los pueblos se irán apartando de Cristo y el comunismo volverá a mostrar terriblemente su cabeza. Los judíos, que se habrán ido convirtiendo en gran número, en muchas regiones de la tierra, por donde se hallarán diseminados, tam-

bién se irán haciendo más satánicos en el núcleo judaico central que se irá estrechando. Y así los últimos residuos de Israel dominarán fuertemente a los pueblos y prepararán la entronización a su Mesías, que será entronizado probablemente en Jerusalén.

Y entonces se dejará ver aquel perverso, a quien el Señor Jesús matará con el soplo de su boca y destruirá con el esplendor de su presencia: *A aquel inicuo que vendrá con el poder de satanás, con toda suerte de milagros, de señales y de prodigios falsos, y con todas las ilusiones que pueden conducir a la iniquidad...* (II, Tes. II, 8-11).

Lo que venga entonces y después, sólo Dios lo sabe, como asimismo solo él sabe cuándo.

Pero luego después de la tribulación de aquellos días (que han de abreviarse por amor a los escogidos [San Mt. XXIV, 22]), el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo y las virtudes de los cielos temblarán: entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, a cuya vista todos los hombres de la tierra prorrumpirán en llantos: y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. (Mt. XXIV. 29-30).

Y el Hijo del Hombre vendrá en la gloria del Padre con sus ángeles y dará a cada uno según sus propias obras. (Mt. XVI, 28). *La siega es el fin del mundo: los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo: enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a todos los escandalosos, y a cuantos obran la maldad; y los arrojarán en el horno del fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes.*

Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre. (Mat. XIII, 37-43).